

AQUI NOS ENCUENTRAS



Pinchote - Lugar de Paz.
Apdo. 70 San Gil (Santander)



Bogotá
Parroquia Nuestra Señora
de Guadalupe (1964)
Av. 95 No. 40-65.
Tel: 236-75-96
218-85-25



Bogotá
Centro San Jerónimo Miani (1971)
Estudiantado Padres Somascos
Calle 167 No. 58-31.
A.A. 100-243. Btá.
Tel: 671-13-65
673-09-80



SAN JERONIMO EMILIANI

CARLOS PELLEGRINI
somasco

SAN JERONIMO EMILIANI

Centro San Jerónimo Emiliani
Calle 167 No. 58-31 - A.A. 100243
Bogotá - Colombia
Octubre 1989

CARLOS PELLEGRINI

SAN JERÓNIMO EMILIANO

Edición por el autor
1952 - 1953 - 1954 - 1955
Impreso en - Venecia -
1952 - 1953 - 1954 - 1955

La vida religiosa en Italia
en la primera mitad del s. XVI

CONTENIDO

1. La vida religiosa en Italia en la primera mitad del s. XVI	5
2. La familia de San Jerónimo y los años de su juventud	7
3. "Cuando Dios quiso moverle el corazón..."	9
4. "Padre universal de los pobres"	12
5. Una misión de caridad	18
6. De Bérgamo a Milán, Somasca, Como	23
7. Padre de los Huérfanos	28
8. Regreso a Venecia	34
9. 1536: nuevas fundaciones en Pavía y Brescia: organización de la Compañía	36
10. "Sus nombres están escritos en el libro de la vida" .	40
11. "Me iré a Cristo"	44

1

La vida religiosa en Italia en la primera mitad del s. XVI

San Jerónimo Miani vivió en la primera mitad del s. XVI. Aquella era una época muy dinámica en la historia de la Iglesia de Italia. Se iban constituyendo y desarrollando las fuerzas que, finalmente, pondrían un remedio eficaz a los graves y numerosos males que afligían a la Iglesia.

Las condiciones religiosas y morales de la vida cristiana eran preocupantes. La prioridad del punto de vista fiscal en la asignación de los oficios eclesiásticos, cargaba con sus consecuencias negativas a la acción pastoral; a los eclesiásticos no raras veces incapaces o indignos, a los religiosos de vida poco ejemplar, hacía juego una espantosa ignorancia en el pueblo cristiano; el apego a la religión, todavía profundo y sincero, se expresaba en una práctica religiosa frecuentemente revestida de superstición, donde la organización era poca e insuficiente la frecuencia a los sacramentos.

La exigencia de una renovación profunda de la vida y de las costumbres es un tema que aparece con impresionante frecuencia en los escritos de fines del s. XV y principios del s. XVI. Todo se resume en una palabra: reforma.

Los intentos de reforma proyectados en el s. XV por los papas Martín V, Nicolás V, Pío II, Sixto IV y Alejandro VI no habían conseguido, por varios motivos, resultados considerables.

Sin embargo, se estaba promoviendo una reforma en las diversas instancias eclesiales: en las ordenes monásticas

y mendicantes con parciales regresos a la antigua observancia; en las diócesis, con obispos muy celosos en el ejercicio de su ministerio pastoral; entre el clero, con el surgimiento en muchas ciudades de pequeñas congregaciones de *sacerdotes reformados*.

Un interesante despertar se podía descubrir también en el laicado, sobre todo con el florecimiento de numerosas confraternidades. Los movimientos laicales italianos presentan, como destacada característica común, el esfuerzo por alcanzar la reforma mediante el ejercicio de las obras de misericordia.

Entre las confraternidades italianas ocupaba un lugar de relieve el oratorio del Divino Amor, cuya finalidad era *sembrar y plantar la caridad en los corazones, invitando a los hermanos a la verdadera humildad, de la cual proceden todas las buenas costumbres*

El oratorio del Divino Amor es recordado precisamente por sus obras realizadas en Génova, Roma, Vicenza, Verona, Brescia, Venecia, Padua, Nápoles y en muchas otras ciudades italianas; por el entusiasmo y la dinámica actividad de sus miembros; porque de sus filas salieron algunos de los personajes más representativos de la reforma, como santa Catalina de Sena, san Cayetano de Thiene, Juan Pedro Carafa que fue después Paulo IV, Juan Mateo Giberti, san Jerónimo Miani, santa Angela Merici y muchas otras personas que en muchas ciudades italianas trabajaron para la renovación de la vida cristiana; porque con él tuvieron relaciones, además de los Teatinos y los Somascos, también otras congregaciones de la reforma católica, como los Jesuitas, los Capuchinos y las Ursulinas.

Cuando el papado, con Paulo III, se puso decididamente a la cabeza de estos movimientos, de tantos arroyos dispersos se formó un río largo y caudaloso que produjo finalmente la auténtica reforma de la vida religiosa. En 1545 se inició el Concilio de Trento.

En este ambiente rico de ideales y de entusiasmo aparece la figura y la obra de san Jerónimo Miani.

La familia de San Jerónimo y los años de su juventud

San Jerónimo nació en Venecia, en el año de 1486, de la familia noble de los Miani. Estaba emparentado, a través de su madre, con la distinguida familia de los Morosini.

Los Miani pertenecían al Consejo Mayor y contaban en su historia con personajes que habían dado valiosos servicios a la república.

La familia de san Jerónimo vivía atrás de la iglesia de San Vitale. Estaba compuesta por el papá Angel, la mamá Leonor y por cuatro hijos: Lucas, Carlos, Marcos y Jerónimo. También tenía parte activa en la vida pública. Angel Miani en 1483 había sido capitán de las galeras en la Marca, en 1486 fue autoridad y capitán en Feltre; después fue proveedor en Zante y en Lepanto; fue también miembro del Senado. Sobre el mismo camino se pusieron los hijos en cuanto alcanzaron la mayoría de edad.

Las condiciones económicas de la familia eran discretas: se basaban en algunas propiedades inmobiliarias que tenían en Castelfranco Veneto y en el valle del Piave, además de alguna que otra casa en Venecia, y se alimentaban con el comercio de paños de lana en los territorios de tierra firme y del oriente.

En 1496, a los 10 años, Jerónimo perdió trágicamente a su padre. Realizó los estudios propios de la condición de la familia; sin embargo él no fue un hombre de letras, sino de acción. Tenía el temperamento del hombre de acción: facilidad para conquistar y conservar las amistades, alegre, fuerte de ánimo, entusiasta: *entre sus iguales podía conversar con ingenio* —escribió un amigo suyo— *pero en él el amor superaba el ingenio*. Con tal temperamento no es extraño que en la espléndida Venecia de los primeros años de mil quinientos, Jerónimo haya transcurrido su juventud aventureramente y no sin algún descarrío: *había sido joven y se había dado buenos ratos*, dirá más tarde su sobrina Elena

que se hizo monja.

A los veinticinco años se vio envuelto en las vicisitudes de la guerra de la Liga de Cambrai, declarada contra Venecia en 1508 por Maximiliano de Austria, Luis XII de Francia, el papa Julio II y a la cual se adhirieron enseguida también el rey de España y el duque de Ferrara.

En los últimos meses de 1510 le fue confiado el cuidado del castillo de Castelnuovo de Quero. Situado en una angostura sobre el río Piave, donde los lados son muy escarpados, Castelnuovo domina el camino que comunica Feltre con Treviso y controla el curso del río. Era un lugar de cierta importancia: en tiempo de paz, para la vigilancia del comercio con Alemania; en tiempo de guerra, porque era un paso obligado hacia Treviso y Venecia. En aquellos años se había convertido en teatro de acciones bélicas y había sido muchas veces perdido y reconquistado.

Jerónimo fue a Castelnuovo en los primeros días de 1511. Desde el campo francés de Montebelluna algunos soldados, al mando del capitán mercenario Mercurio Bua, se dirigieron hacia el castillo y lo tomaron por asalto. Abandonado por los soldados, a los cuales había sido confiada la defensa, Jerónimo tomó también el mando militar. Pero no pudo resistir. Se salvó sólo con otros tres hombres y fue hecho prisionero.

Un mes duró su cautiverio. La mañana del 27 de septiembre él se presentó, libre, a las puertas de Treviso. ¿Qué cosa había sucedido en aquella noche entre el 26 y el 27 de septiembre?

El prisionero había sido encerrado en una torre. Como medida de precaución le habían asegurado los pies con cepos y le habían colgado una bola de piedra al cuello. En esta condición él se dirigió a la Virgen venerada en el santuario de la Madonna Grande de Treviso y con corazón sencillo prometió una peregrinación de penitencia, si se salvaba. Se le apareció entonces una *Mujer vestida de blanco*, que le entregó las llaves para abrir los cepos y la puerta de la torre. Conquistada

la libertad tenía que pasar en medio del ejército enemigo, pero no conocía el camino. Recurrió nuevamente a María y ella lo guió hasta donde se divisaba la muralla de la ciudad.

Jerónimo continuó sirviendo a la república hasta el fin de la guerra, en 1516, y se comprometió en diversas tareas. Primero se quedó para la defensa de Treviso; en 1513 fue a Padua; en 1514 estuvo en Friuli junto al proveedor general Juan Vittori. Terminada la guerra, regresó a la regencia de Castelnuovo que mantuvo hasta 1527.

Se recuerdan algunos acontecimientos familiares que tuvieron lugar en estos años: en 1514 murió su mamá, que siempre había tenido predilección por Jerónimo. En 1519 murió su hermano Lucas y dejó tres hijos, el mayor de los cuales tenía cuatro años; de éstos, Marcos y sobre todo Jerónimo asumieron la tutela. En 1523 se casó Carlos, que siempre había sido un poco bueno. A finales de 1526 murió también su hermano Marcos, de modo que sobre Jerónimo cayó el cuidado de todos sus sobrinos huérfanos.

Tenía cuarenta años y no había formado una familia propia.

3

"Cuando Dios quiso moverle el corazón..."

Mientras tanto, maduraba en el espíritu de Jerónimo una profunda transformación. No podemos precisar con exactitud el tiempo en que aconteció ella, pero con mucha probabilidad debió de ser alrededor de 1525. Tampoco tenemos datos para establecer el acontecimiento que la produjo. Un amigo hasta hoy anónimo, que estuvo cerca a él en aquellos años, al informarnos comienza su relato con estas palabras: *Cuando quiso el benignísimo Dios moverle perfectamente el corazón y con santa inspiración a traerlo así de las ocupaciones del mundo...*

Oír la palabra de Dios fue el punto de partida. *Escuchándola frecuentemente comenzó a reflexionar sobre*

su ingratitud y a acordarse de las ofensas hechas a su Señor. Por eso lloraba con frecuencia. A menudo, de rodillas a los pies del Crucificado, le pedía que no fuera juez, sino salvador.

Bajo la guía de un experto director espiritual, un canónigo regular del convento de la Caridad, comenzó a frecuentar amigos que con el consejo, con el ejemplo o con la oración podían ayudarlo. Se hizo asiduo asistente a la Iglesia, la predicación y las misas.

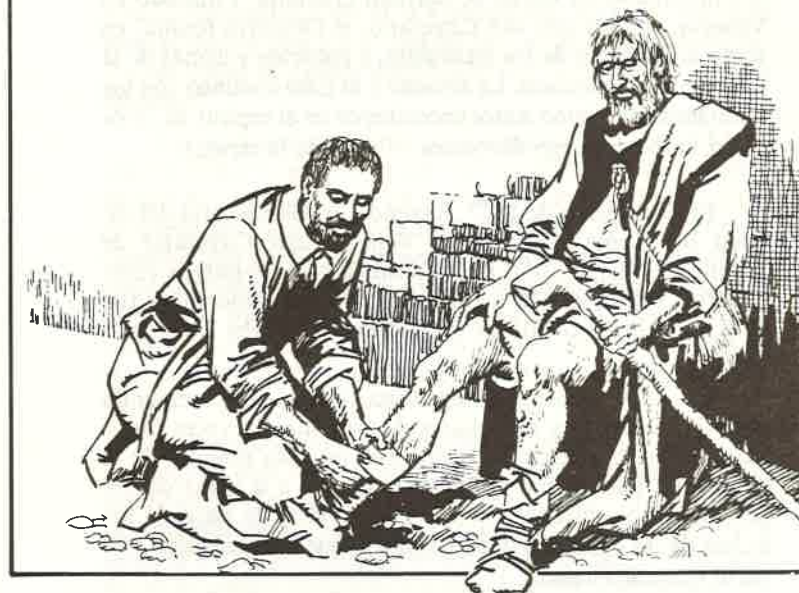
Con una decisión exenta de mediocridades se dedicó a la imitación de Jesús crucificado, a la penitencia y al ejercicio de la caridad hacia los pobres. Habiendo escuchado aquel pasaje del Evangelio: "Quien quiera venir en pos de mí, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga" (Mt 16,24), conquistado por la gracia del Señor se propuso imitar con todas sus fuerzas a su querido MAESTRO Jesucristo. Con ayunos moderados comenzó a vencer la gula; velaba por las noches, leía, rezaba, intensificaba el trabajo. Vestía, hablaba y conversaba con sencillez. No presumía de nada y reconocía como gracia del Señor todo lo bueno que había en él. Moderaba al prójimo; servía con todas sus fuerzas a los pobres, los aconsejaba, visitaba y defendía.

Sirviéndose de un método muy semejante al examen particular de san Ignacio de Loyola, alcanzó en poco tiempo resultados tan imprevistos que dejó maravillados a sus mismos amigos.

Su voluntad de imitar a Jesús lo hacía soportar cualquier ofensa, a pesar de que poseía una naturaleza dada a la ira. Un episodio, en su simplicidad, deja entrever la violencia interior que Jerónimo supo imponerse. Un día, en la plaza de San Marcos, fue injuriado gravemente y sin razón. Entre otras palabras el insultante le gritó que le arrancaría la barba pelo a pelo. Jerónimo, que tenía una barba larga y bella, respondió solamente: "si Dios quiere, hazlo; aquí estoy". Los presentes comentaron que si él hubiera sido el mismo de algunos años antes, lo habría despedazado con los dientes.

HOMBRE DE MISERICORDIA

- LOS HAMBRIENTOS, LOS POBRES,
LOS DESPRECIADOS, LOS ENFERMOS,
LOS MORIBUNDOS...
ENCUENTRAN EN SAN JERONIMO
UN CORAZON GRANDE
Y RICO EN TERNURA...



A medida que avanzaba este esfuerzo de perfeccionamiento personal, Jerónimo sentía cada vez más la necesidad de hacer el bien; *no se lamentaba de otra cosa que de pasar una hora sin hacer algo bueno*. Cuando la causa de Dios se apoderó completamente de él, entonces suspendió del todo su participación en la vida pública.

4

"Padre universal de los pobres"

Lo que podía parecer un aislamiento de las vicisitudes del mundo, estallaba en una arrolladora actividad en favor de los demás.

Durante los años de su transformación espiritual, Jerónimo había tenido la fortuna de encontrar a los socios del Oratorio del Divino Amor quienes, impulsados por una profunda espiritualidad, desarrollaban con gran dinamismo innumerables obras de caridad cristiana. Fundado en Venecia en 1521 por san Cayetano, el Oratorio reunía, en torno al Hospicio de los incurables, a patricios y damas de la alta nobleza veneciana. La amistad y el trato continuo con los hermanos del Divino Amor encendieron en el espíritu de Jerónimo, como un fuego devorador, el ideal de la caridad.

El 17 de junio de 1527, huyendo de los horrores del saqueo de Roma, llegaron a Venecia san Cayetano de Thiene, el obispo Juan Pedro Carafa y sus primeros compañeros Teatinos. Un acontecimiento tan lamentable, fue para Jerónimo ocasión de un encuentro que iba a ser decisivo.

En 1528 sobrevino en toda Italia una tremenda carestía. Decenas y centenares de personas, a veces familias enteras, murieron de hambre en muchos pueblos de la península. Para saciar el hambre, se veía a la gente comer perros, asnos, hierbas, heno viejo y hasta la paja de los techos de las casas. La documentación que ha quedado al respecto es escalofriante.

Como se esparció la voz de que en Venecia había alguna posibilidad de sustento, se precipitaron a la ciudad turbas de pobres: *...después llegaron hombres y mujeres del campo en número incalculable; se ponían sobre el puente Rialto, con los niños en brazos, a pedir limosna. De Vicenza y de Brescia llegaron muchos... incluso entrada la noche iban tocando las puertas y gritando por las calles: "¡Muero de hambre!"*.

Ni los gobernantes, ni los más ricos de la iniciativa privada, ocupados en dispendiosas fiestas, parecían darse cuenta de lo que sucedía alrededor suyo. Fue el momento cuando los hermanos del Divino Amor en varios hospicios comenzaron a gastar recursos y energías para aliviar la miseria.

Entre ellos apareció en primer plano la figura de Jerónimo. El alimentaba, vestía, hospedaba en su propia casa a los pobres; confortaba a los enfermos; de noche daba sepultura a los cadáveres abandonados por la ciudad, mientras en su casa se hacía el pan, que la mañana siguiente sería distribuido por él. *En pocos días gastó en esa obra todo el dinero que tenía; vendió los vestidos, las alfombras y otras cosas de casa y acabó con todo en esta pía y santa empresa*.

Así lo vieron sus parientes y amigos. Su sobrina Elena repetía con frecuencia, a sus cohermanos del monasterio de san Alvise, que tenía un tío santo que vendía todas sus propiedades para darlas a los pobres. Su sobrina Dinora contaba que un día, no teniendo ya nada que dar, regaló su cinturón con la hebilla de plata. La gente, viéndolo actuar de aquella manera, lo seguía y se burlaba de él como si se tratara de un loco. A su cuñada Cecilia, que se quejaba de esta prodigalidad y externaba alguna preocupación, repetía que Dios no dejaría de socorrerlo.

Al mismo tiempo que distribuía todos sus bienes entre los pobres, otra obra absorbió la atención de Jerónimo: el hospicio de Bersaglio. Había surgido pocos meses antes, casi mágicamente, para hacer frente a las necesidades de la carestía y a la insuficiencia en los otros hospicios. Con ayuda de su amigo Jerónimo Cavalli, llevaba la dirección. En

pocos meses aumentó su cupo hasta convertirlo en verdadero refugio de todos los miserables: pobres de los lugares vecinos, galeotes, soldados y marineros enfermos, pobres de la ciudad, huérfanos, viudas y gente abandonada de todo tipo. Un elenco de ciento tres *pobres de Jesucristo* nos proporciona una idea del mundo cosmopolita que se refugiaba por aquellos días en las barracas del Bersaglio.

La atención de Jerónimo fue atraída de modo particular por la suerte de las niñas y niños huérfanos y sin familia. No se contentaba con acogerlos en el hospicio, sino que comenzó a buscarlos por la ciudad, los llevaba al Bersaglio y los alimentaba con sus recursos, con lo que le ofrecían sus amigos o conseguía con otras personas.

Dar comida a los hambrientos y techo a quien lo necesitaba era ya una gran obra, pero no era suficiente todavía; era necesario particularmente preparar a los niños para su sostenimiento futuro, capacitándolos para ejercer algún oficio. Entonces, Jerónimo se entregó a la tarea de organizar el trabajo. Pensó en levantar un taller cerca de San Basilio; comenzó con la artesanía de la lana y luego siguió con otros oficios; encontró maestros. Entre ellos se conserva el nombre de Arcángel Romitan de Vicenza, un hombre genial, inventor que, entre otras cosas, diseñó una nueva máquina para cardar la lana, que fue incluso patentada.

Para colmo de todos los males habidos, apareció una enfermedad de naturaleza epidémica mucho más grave de lo acostumbrado. Entre las medidas que tomó el Senado Veneciano para enfrentar el mal, se instituyó un impuesto especial cuyos intereses se distribuían entre las turbas de pobres con la condición de que regresaran a sus pueblos y bajo la amenaza de que, si se les volvía a ver en Venecia, serían perseguidos a latigazos desde el Rialto hasta San Marcos.

De mayor alivio para los afectados fue la caridad privada. Para el temperamento fogoso de san Jerónimo no eran necesarios estimulantes. Después de consagrar enteramente la jornada en atender a los afectados, encontró el modo de ocupar también las noches. Iba de un lugar a otro de la ciudad: y a los que estaban enfermos y vivos los socorría con

todas sus fuerzas, y los cuerpos de los muertos, que algunas veces encontraba por las calles, los llevaba a los cementerios sobre sus espaldas, oculto, desconocido.

En el cumplimiento de estas obras de misericordia también él contrajo la peste. *Después de recibir los sacramentos, se encomendaba al Señor, que era su único refugio y esperanza; no hablaba de sí mismo, como si el mal no fuese suyo; esperaba con paciencia la voluntad de Dios.* Cuando los médicos ya lo habían desahuciado, inesperadamente sanó en pocos días.

Todavía no estaba bien restablecido cuando ya había regresado con renovado y creciente entusiasmo a sus obras de caridad, fortalecido también por la experiencia, que había vivido él mismo, de que el Señor no abandona a los que se comprometen en su servicio.

La casita de los teatinos en san Nicolás de Tolentino, morada de san Cayetano y de Carafa, era el lugar habitual de las reuniones de los socios del Divino Amor. El 6 de enero de 1531, mientras se llevaba a cabo uno de estos encuentros, llegaron a la casa el nuncio Jerónimo Aleandro y el obispo Juan Mateo Carafa. Allí se encontraban Vicente Grimani, Agustín de Mula, Antonio Venier, Jerónimo Miani, Jerónimo Cavalli, *todas personas honestas y consagradas al crecimiento de la piedad y de la religión con las buenas obras.*

Esta reunión tiene el carácter de símbolo en la vida de san Jerónimo.

El jefe del grupo era Carafa, espíritu limpio y noble, animado por la idea de una reforma en la Iglesia, a la cual había consagrado con indómita energía toda su vida. Jerónimo se había puesto bajo su dirección y Carafa lo había guiado a través de sus múltiples actividades con mano fuerte, a veces dura.

Aquel día faltaba Cayetano. A diferencia de Carafa, él llevaba el fervor en su interior; se mantenía siempre en la sombra, no porque le faltara celo, que en él era fortísimo, sino por modestia y moderación que brotaban de un verdadero sentido de humildad. Era el alma del grupo.

Carafa y Cayetano el Obispo Giberti y el nuncio Aleandro, de rápida imaginación y ágil en los negocios, lleno de fervor, también el obispo Giberti estuvo entre las figuras más sugestivas de la reforma católica, de la que se ocupó con vigor y entusiasmo en su diócesis de Verona, al grado que se le consideraba como modelo de los obispos reformadores.

Estaban también los hombres de vanguardia de la beneficencia veneciana de aquellos años: Vicente Grimani, hijo del difunto Dux; Agustín de Mula y Antonio Venier, directores del hospicio de los Incurables; Jerónimo Cavalli director del Bersaglio y de los Incurables.

Dos santos, un futuro papa notable a pesar de sus defectos, un reformador del temple de Giberti, el enviado del papa a la dieta de Würms del 8 de mayo de 1521, un escuadrón de hombres de las familias más notables de Venecia, que habían cambiado una segura carrera en la vida pública por el compromiso y las obras en favor de los pobres de Cristo.

También asistían a la casa de los Tolentinos los socios del Divino Amor de otras ciudades de la república véneta: Verona, Saló, Brescia, Bergamo, Vicenza, Pádua. Así fue como Jerónimo pudo conocer a algunos de ellos.

Fue precisamente a través de estas conversaciones que le vino a Jerónimo una nueva idea: había abandonado su carrera en la vida pública por la caridad; había consagrado a los pobres sus bienes y sus fuerzas, ¿por qué no separarse también de su casa y de su familia y hacerse uno de ellos?

La idea, madurada y convertida en decisión firme e irrevocable, se hizo realidad el 6 de febrero de 1531. Conviene regresar por última vez a la intimidad de la casa paterna de san Jerónimo. En ella quedaban la viuda y los tres hijos de Lucas: Juan Alvise de dieciocho años, Dinora de quince y Elena de catorce. Ante un notario, Jerónimo entregó cuentas de cómo había administrado los bienes de sus sobrinos: *en conciencia estoy plenamente seguro de haber administrado todos esos bienes con integridad y fidelidad, como si hubiesen sido los míos*. Luego hizo donaciones con los

inmuebles restantes, abandonó la indumentaria de patricio y, vestido con la ropa de los pobres, salió de su casa para no volver.

Abrió otro taller cerca de san Roque, donde dio vida a su primera familia de huérfanos. Apartados de la relación con los demás, pobres, enfermos, mendigos de todas las edades, tenían finalmente una casa para ellos solos.

El amigo anónimo nos describe la vida que Jerónimo llevaba con sus muchachos: formación religiosa, oración y trabajo eran los pilares. *Enseñaba a los niños el amor a Dios, a no considerar nada como propio, a vivir en común sin pedir limosna, sino con el propio trabajo. Decía: "mendigar es cosa poco menos que cristiana, excepto para los enfermos que no pueden vivir de su trabajo; los demás deben sostenerse con el sudor de su frente, según el dicho: el que no trabaja, que no coma"*.

Su caridad, sin embargo, no estaba encerrada entre las paredes de san Rocco. Como padre universal de los pobres trataba de hacer llegar a los necesitados todas las ayudas de que podía disponer. Las repartía él mismo, o las enviaba por medio de sus amigos, además de Venecia, a Mazorbo, Torcello, Burano, Chioggia y a los demás lugares de la laguna.

Dos meses después, el 4 de abril de 1531, lo invitaron a trasladarse con sus muchachos al hospital de los Incurables, para beneficiar con su caridad a los enfermos. Viendo en ésto la voluntad de Dio, aceptó.

El amigo anónimo, que con frecuencia iba a visitarlo, en otra página llena de recuerdos nos habla de la nueva vida de Jerónimo. *De cuanto hizo, como del testimonio que dio con su vida, me han dado testimonio esas gentes buenas, que todavía hoy gobiernan aquel lugar. ¡Cuántas veces lo visité! Además de las piadosas reflexiones que hacía conmigo, bien sabe Dios el amor puro y cristiano que me tenía; me mostraba también los trabajos de sus manos, las filas de los muchachos, sus capacidades y, entre todos, a cuatro que no pasaban de ocho años de edad. Y me decía: éstos rezan conmigo, son espirituales y gozan de grandes gracias de Dios; aquéllos leen y escriben bien,*

aquéllos trabajan; éste es muy obediente, aquél es muy callado. Estos son sus jefes, aquel padre los confiesa. Me mostró el lugar donde dormía, por lo estrecho se parecía a un sepulcro que a una cama. Me animaba a irme a vivir con él.

A estas alturas Jerónimo había rebasado el ideal propuesto por los hermanos del Divino Amor: se había puesto a disposición de la Providencia, que iba preparando para él otros acontecimientos.

5

Una misión de caridad

El obispo de Bérgamo, el veneciano Pedro Lippómano, había proyectado reorganizar en su diócesis las obras de caridad, infundiendo en las ya existentes un nuevo entusiasmo y fundando otras que fueran necesarias. Para ello escribió a Venecia y Carafa le mandó a Jerónimo. Según los proyectos humanos debía tratarse de una misión breve; lo que estaba por suceder, superaría las previsiones comunes.

Jerónimo partió de Venecia probablemente en la primavera de 1532, *sin llevar nada de este mundo*. Se detuvo en Pádua, Vicenza, Verona, Brescia, alojado por los hermanos del Divino Amor en los hospicios de los incurables.

En Verona vio al obispo Giberti, quien le pidió dar una mejor organización al hospicio y a los muchachos que se hospedaban allí.

De su paso por Brescia queda el recuerdo en un diario. Era el 9 de mayo, fiesta de la Ascensión. Aquel día Jerónimo participó en un encuentro con los socios del Divino Amor en la iglesia de san Juan Bautista, adonde fue llevado por el maestro Juan Bardinelli. Provocó una honda impresión: *estaba con tanta humildad y devoción, que ya no se puede tener más*. Después de la misa se entrevistaron en una conversación espiritual. Los presentes quedaron

impresionados del fervor con que hablaba Jerónimo. En el diario permanece el recuerdo de algunos de sus pensamientos, entre ellos esta observación: que durante la oración, en donde la mente se eleva al cielo, ningún otro pensamiento debe distraer, ni siquiera la preocupación de dar limosna.

La meta de Jerónimo era Bérgamo. Llegó allí cuando era muy esperado por Lippómano. Su palabra despertó vivo entusiasmo y encendió *el fuego del amor divino, del amor al prójimo y el deseo de la salvación de las almas*.

Muchos le ofrecieron ayuda. Parece que abrió en la ciudad algunas escuelas del Divino Amor.

En el barrio de san Leonardo, en algunos lugares adaptados por los dirigentes del hospicio de la Magdalena, recogió a niños huérfanos y abandonados; las niñas huérfanas encontraron una casa en las cercanías de san Juan. Al igual que en Venecia, se dedicó a cuidar a los enfermos dentro y fuera de los hospitales, y se preocupaba por todo tipo de pobres. Socorría de modo especial a las viudas. Otro mal que saltaba a la vista era la prostitución. Se puso a buscar a las mujeres dedicadas a este tipo de vida, les hablaba y reflexionaba con ellas ampliamente. Logró convencer a un buen número de ellas a cambiar de vida y las reunió en una casa cercana a Pelabrocco, donde algunas damas de la nobleza se ofrecieron para atenderlas.

La actividad de Jerónimo era incansable y las iniciativas florecían una detrás de otra. Salió de la ciudad y comenzó a reorganizar algunos hospicios de la región.

Durante sus viajes había podido observar la tremenda ignorancia en que se encontraba la gente del campo, abandonada por un clero totalmente impreparado. La pobreza extrema (la tierra producía alimentos que sólo eran suficientes para cinco meses del año), la degradación moral, la ignorancia religiosa, hacían que esta gente fuera presa fácil de las ideas que, desde el otro lado de los Alpes, buscaban penetrar en Italia. Jerónimo creó entonces verdaderas misiones catequísticas. Instruyó cuidadosamente a algunos de sus muchachos. Con la ayuda del fraile dominico Reginaldo, puso las verdades de la fe y los principios de la vida moral en fórmulas simples y fáciles para aprenderlas de

EVANGELIZADOR

- ADEMÁS DE COMPARTIR EL DURO TRABAJO DIARIO CON LOS POBRES, NO FALTA DE ANUNCIAR LA "BUENA NUEVA".
- HA SIDO UNO DE LOS PRIMEROS EN UTILIZAR EL CATECISMO CON PREGUNTAS Y RESPUESTAS.



memoria. Con estos muchachos visitó la región de Bérgamo, acercándose hasta las inmediaciones de Cremà. Compartía duras jornadas de trabajo con los campesinos, después los reunía para escuchar a sus muchachos, *invitándoles a pensar en la dichosa vida del santo Evangelio*. Les enseñaba cantos religiosos para que ellos pudieran acompañar sus fatigas de todos los días.

En el invierno regresó por unos pocos días a Verona, llamado por el obispo Giberti, quien deseaba hiciera algo por las mujeres de la calle. Jerónimo les habló con tal fuerza y eficacia que treinta de ellas —como lo afirma un testigo— decidieron cambiar de vida. Fue un operativo de pocos días; después se hizo cargo de ellas el obispo Giberti, que puso a su disposición una casa en la ciudad bajo la dirección de Dorotea Quistella de la Mirandola. En 1536 las transfirió al ex-convento vallumbrosiano de la Trinidad.

Para darlos a conocer en toda la diócesis y para desarrollar el máximo la obra, el obispo Lippómano escribió en 1533 una carta, en la cual presentaba la persona de Jerónimo y su incansable actividad.

Después de una larga disertación sobre la caridad, el obispo describe la *regla de vida y buen obrar* que Jerónimo se había propuesto y la generosidad con que la había realizado. Su ejemplo tuvo una función providencial: fue suscitado por Dios y puesto sobre el candelero, para que su vida resonara como un reclamo "*para que vivan su fe católica en forma justa, honesta y misericordiosa los hombres de hoy, tan duros de corazón y ajenos a todo sentimiento de mansedumbre y piedad*". Los frutos se veían ya en aquellas mujeres que hicieron confesión pública de sus pecados y también en muchas otras personas a quienes Jerónimo supo atraer a la práctica de la caridad y de la misericordia.

La carta se refiere en seguida a la organización y las necesidades de las nuevas obras. Si en Venecia Jerónimo había sido solamente un colaborador entusiasta, en Bérgamo se había convertido en el iniciador y centro propulsor. En su actividad fecunda y diversa se reflejaba su espíritu emprendedor, pero se necesitaban personas y recursos cada vez en mayor cantidad. También había que reafirmar

ante algunos rivales que la ayuda a los pobres, huérfanos, viudas y conversos, no es un pretexto para sacar dinero destinado a otros fines.

En torno a Jerónimo se crearon amplios consensos; en unos diez meses conquistó el corazón de los bergamascos y su honra se extendió en toda la diócesis. En todo esto constatamos uno de los aspectos más interesantes de su figura: tenía un atractivo especial que conquistaba a quien se le acercara; era un creador, uno de aquellos espíritus que parecen destinados a superar de un salto dificultades consideradas insuperables y a despertar las más recónditas energías.

Jerónimo había conversado ampliamente con el obispo Lippomano sobre la manera de organizar aquellas fuerzas. De este modo nacía *casi como una religión* una nueva fraternidad. Jerónimo pensaba encargar a estas personas todas las tareas de carácter material, y reservar para sí la asistencia, el servicio y la educación moral de sus pobres. Un cuidado particular se requería en las obras destinadas a mujeres: conversas, enfermas, huérfanas, niñas pobres; para ellas ofrecieron sus servicios algunas damas, siguiendo el ejemplo de las nobles hermanas del Divino Amor de Venecia.

Pero la obra no se podía reducir a Bérgamo y sus barrios; había que movilizar toda la diócesis. Jerónimo contará con colaboradores en toda la diócesis, que recogerán las limosnas, pero sobre todo darán aviso de los casos de necesidad, de cualquier tipo que sea, para poder llevar el remedio adecuado. ¡Era un programa maravilloso!

El sostenimiento de la organización debía ser la absoluta confianza en la divina providencia. No se debía capitalizar: todo debía distribuirse a los pobres, día tras día, aplicando el Evangelio a la letra.

Entre las personas que colaboraron con san Jerónimo en Bérgamo, estaban los sacerdotes Agustín Barili y Alejandro Besozzi; los nobles Domingo Tasso, Juan Francisco Albani, Juan María Rota, Mario Lanzi; los comerciantes Jerónimo Sabbatini, Juan y Amadeo Cattaneo, Ludovico Viscardi. Ellos constituyeron la primera de aquellas

compañías de los huérfanos, que después se difundieron en muchas ciudades de Lombardía, Venecia, Génova y que escribieron maravillosas páginas de caridad en este siglo de la reforma católica.

El éxito que Jerónimo logró tan rápidamente se explica quizá por la fama de que él hacía milagros. Como ejemplo basta recordar el testimonio de un testigo, Juan Pablo de Seriate, un muchacho sin padre que él recogió en Bérgamo. *Hacia poco que yo había entrado en el hospicio de la Magdalena de Bérgamo, donde estábamos cerca de vintiocho personas. Una mañana no teníamos nada que comer. Mientras nos encontrábamos haciendo oración mental, el padre Jerónimo nos dijo: no desconfíen, hijitos, el Señor nos proveerá. Y mientras él aún estaba en oración, escuché que habían tocado la campanilla de la puerta. Fueron a ver y el que estaba afuera pidió que llamaran al padre Jerónimo. El fue a la puerta y regresó con cuatro panes, repitiendo que no desconfiáramos, porque el Señor no nos abandonaría. Terminada la oración, bajamos para tomar nuestros alimentos. Y así fue como él, solamente con los cuatro panes y agua fresca, sin tener otra cosa, nos sació a todos que éramos veintiocho, de tal manera que tuvimos lo suficiente. El padre Jerónimo siempre nos repetía que debíamos comer alegremente porque el Señor jamás nos abandonaría.*

6

De Bérgamo a Milán, Somasca, Como

Un día de noviembre de 1533, un grupo de treinta y cinco muchachos dejaba Bérgamo y se encaminaba hacia Milán. Formaban una pequeña procesión; el primero enarbolaba una cruz de madera y todos cantaban lentanías de la Virgen. Los guiaba un hombre que vestía una gran túnica negra, calzaba zapatos toscos y llevaba un sombrero redondo de paño negro. Con una bolsa en la espalda, tenía la apariencia de un pobre que pedía limosna para sí mismo y para los suyos por el amor de Dios. Este mendicante era

Jerónimo; había conseguido que el obispo de Bérgamo le diera permiso para irse de la ciudad.

Atravesó el río Adda y llegó a la región de Milán. Pero no fue un viaje fácil. Atacado por la fiebre con varios de sus muchachos, encontró refugio en un hospicio descubierto y abandonado, donde no había más que paja. Pasó por allí un amigo, que entró por casualidad en el hospicio, lo reconoció y le ofreció hospitalidad en su casa allí cerca. Pero Jerónimo le dijo: "Hermano, le agradezco su caridad y me daría gusto trasladarme, siempre y cuando junto conmigo acepte a estos hermanos míos, con los que yo quiero vivir y morir." La petición no pudo ser aceptada. Sin embargo, cuando aquel amigo llegó a Milán, habló con el duque Francisco II Sforza sobre Jerónimo y su obra; éste le mandó lo necesario e hizo que lo transportaran a la ciudad.

Milán, donde Jerónimo llegaba, ya no era la rica, opulenta y dinámica ciudad ducal que había despertado la admiración de los contemporáneos italianos y extranjeros en el transcurso del siglo anterior. En los primeros decenios del siglo la habían azotado terriblemente, y casi al mismo tiempo, guerras, saqueos, pestes, carestías. Las industrias y los comercios de la ciudad estaban paralizados debido a los ejércitos que destruían y saqueaban lo que encontraban a su paso, provocaban éxodos masivos y sometían a la población al pago de insoportables impuestos. Almacenes destruidos, calles desiertas, casas abandonadas, molinos y hornos cerrados, gente que gemía en las iglesias torturada por el hambre, personas muertas de frío en la plaza de la catedral o por las calles de la ciudad.

Pero también la caridad era floreciente en Milán y muchas miserias de la gente eran adecuadamente atendidas. Jerónimo agregó su obra. Las bóvedas de la Iglesia del Santo Sepulcro fueron su primer alojamiento. Con su habitual fervor se dedicó a recoger a los huérfanos. La curación de las enfermedades, que casi siempre afligían a aquellos pobres muchachos, eran la primera preocupación. Para darles de comer, él mismo iba a buscar de puerta en puerta. Quedaba todavía por curar las heridas morales que la miseria y el abandono habían dejado en sus tiernas con-

ciencias, enseñarles a vivir como cristianos, a leer, a escribir y a trabajar según las capacidades de cada uno.

Fue tan grande el entusiasmo que san Jerónimo provocó en Milán que, el 13 de enero de 1534, el duque Francisco II escribió a su representante en Venecia, para que fuera a dar las gracias en su nombre a Carafa y para pedirle que interviniera como mediador ante el obispo Lippómano, el cual insistía en que Jerónimo regresara a Bérgamo. No faltaron sin embargo los celos de algunos envidiosos que indujeron a unos muchachos para que lo apedrearán. Pero su caridad auténtica logró triunfar sobre la desconfianza y la hostilidad y los milaneses *lo consideraron santo y admiraron su humildad y caridad.*

Los huérfanos se trasladaron de las bóvedas del Santo Sepulcro al deshabitado hospicio de san Martín, donde comenzaron lo que más tarde serían los *Martinit*. Primero acomodó a las huerfanitas con los niños, después las llevó a una casa cercana a la iglesia del Espíritu Santo, desde donde, en 1542, pasaron al antiguo monasterio de santa Catalina. Parece que también colaboró con fray Bono de Cremona en la institución de las conversas de santa Valeria.

También en Milán se reunió en torno a su obra un buen grupo de amigos: entre ellos el pronotario apostólico Agustín Panigarola y los nobles Marcos Strada, Francisco Croce, Jerónimo Calchi, Ambrosio Schieppato, Francisco Visconti de Guascona, Juan Bautista Lattuada.

El 30 de abril de 1534, Sforza concedía a Jerónimo una amplia carta de recomendación para todos los obispos, preladados, eclesiásticos y para las autoridades civiles del ducado, a fin de que ayudaran en las obras que él tenía proyectadas.

En torno a Jerónimo se había comenzado a formar un significativo grupo de amigos. Era necesario tener un centro unificador de todas aquellas fuerzas. El problema fue abordado en el verano de 1534. En Merone, pueblo de la Brianza, en la quinta de un pudiente amigo de Jerónimo llamado León Carpani, convertido a Dios y a los pobres

por su palabra y por su ejemplo, los colaboradores del santo tuvieron su primera reunión. Se decidió escoger un lugar que fuera como el corazón de toda la obra, un refugio de tranquila soledad para estos hombres ocupados en todos los rincones del mundo en una actividad sin descanso. Escogieron Somasca, un pueblito de frontera entre la república de Venecia y el ducado de Milán, políticamente veneto, milanés espiritualmente.

Jerónimo se trasladó a Somasca y allí se estableció. Allí, para aquellos amigos que como él tenían el propósito de dar todo para el servicio de los pobres, nació la *Compañía de los siervos de los pobres*, que después se convertiría en la congregación de los padres Somascos.

Su primera morada fue un castillo llamado la Rocca. Se llegaba hasta allí por una sola vereda que salía de Somasca y terminaba en la entrada de la torre. Había sido habitado hasta 1509 por un castellano y algunos soldados; después de la guerra de la liga de Cambrai, fue abandonado y destruido.

La primera tarea de Jerónimo fue hacer habitables aquellas ruinas. Acondicionó unos cuantos cuartos pequeños y pobres, con paredes de cañas tejidas con mimbre de sauce y cubiertas de yeso. Arregló una capilla dedicada a san Ambrosio, a la que dos veces por año, el día de su fiesta y el día de la santa Cruz, subía en procesión la gente de Somasca y de Vercurago.

También en Somasca la ocupación principal de Jerónimo fueron los huérfanos. Los recogía, enfermos y sanos, los curaba y les proporcionaba instrucción. Los alimentaba con el pan que pedía de limosna. Pero debían aprender a vivir de su propio trabajo: para ellos los ocupaba en diversas actividades: encuadernaban libros, tejían lana, trabajaban el torno, criaban algunas ovejas o cabras.

Desde Somasca su actividad se extendía a todo el valle de san Martín. Con sus muchachos, en procesión, recorría aquellos lugares, asistía a los pobres y a los enfermos, acudía en ayuda de quien se encontrara en necesidad. Andaban por los campos segando cebada, recogiendo trigo y ayudando por caridad a los campesinos. Instituyó en So-

masca una *congregación espiritual*, a la cual acudía el día de la fiesta un gran número de personas de todo el valle. Organizó en forma estable la enseñanza de la doctrina cristiana.

Acompañaba y sostenía toda esta actividad con largas horas de oración. Bajo la peña del monte cerró una gruta con caña y formó una *ermita*, donde se retiraba a orar frente a una cruz de madera. Todos los que lo conocieron hablaban de la vida austera y de penitencia que llevaba, según el estilo de espiritualidad de la época: comía el pan más duro y el peor que había en casa, muy raramente bebía vino, hacía frecuentes ayunos, se disciplinaba, dormía sobre tablas, o sobre paja, o sobre una piedra.

A principios de 1535 viajó de Somasca a Como. Había sido invitado por personas piadosas y comprometidas en las obras de misericordia. Entre ellas estaban: los hermanos Francisco, el doctísimo humanista Primo del Conte, Bernardo Odescalchi—caballero de las familias principales y hombre de vanguardia de la caridad en Como— y los nobles Santiago Baiacca e Paolo Rovelli.

En Como repitió lo que ya había hecho en Milán. Un cronista escribió: *Fundó una escuela muy religiosa en la zona de san Leonardo, donde estuvieron hasta 1537, cuando se trasladaron a san Gottardo... La escuela funcionaba así: el señor Jerónimo recogía muchachos abandonados pobres y los llevaba a aquella casa. Allí, antes que nada los aseaba, los alimentaba con gran caridad, los curaba, a algunos de tiña a otros de otras enfermedades; después les enseñaba algunos trabajos caseros. A ciertas horas de la jornada iban a la iglesia de san Gottardo y cantaban algunas alabanzas con una unción tal que satisfacía a los devotos. Y después que estos muchachos habían recuperado la salud física y que habían sido educados en las buenas costumbres, se les enviaba con un maestro que tuviera necesidad de aprendices para que los capacitara en algún oficio.*

Al mismo tiempo se fundó también una casa para las niñas en santa María Magdalena.

En san Leonardo encontraron hospitalidad durante

algunos días, en julio de 1536, los primeros capuchinos que vinieron a Como para fundar un convento.

También la de Como fue una misión relámpago. Después de dejar la obra en buenas manos, Jerónimo regresó a Somasca.

7

Padre de los Huérfanos

La figura de san Jerónimo como educador se puede entender solamente a la luz de los hechos de su vida. El comenzó un proyecto original, estimulado por la urgencia de los acontecimientos y por el enfrentamiento continuo con la realidad de cada día, iluminado por una profunda fe cristiana, inspirado por el amor y ayudado por una riqueza poco común de cualidades humanas.

El problema que se le presentó a Jerónimo, y al cual dedicó todas sus fuerzas, fue el de los niños huérfanos de padre y madre, sin casa y sin quien viera por ellos. Fue un problema que aquellos años de destrucción y carestía de la primera mitad del mil quinientos presentaron con toda crudeza y urgencia.

Para aquellos muchachos no existía entonces ninguna otra solución más que la calle o el refugio en aquellos puerros de mar que eran los hospicios públicos donde, mezclados con todo tipo de gente necesitada, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, a lo sumo se preocupaban por curar sus enfermedades, por quitarles el hambre, por ofrecerles un alojamiento temporal, pero donde ni siquiera podían pensar en darles un porvenir. Jerónimo había experimentado esta situación en el hospital del Bersaglio, en Venecia.

El optó por la solución que se presentaba como más obvia: recoger a estos muchachos, reconstruirles una casa, donde pudieran vivir como en una familia, y recibir lo que su familia desaparecida no les podía ofrecer.

Era necesario un padre y él asumió este compromiso



PADRE
DE LOS
HUERFANOS

- FRENTE AL GRAVE PROBLEMA DE GRUPOS NUMEROSOS DE MUCHACHOS VAGOS Y HUERFANOS, JERONIMO LOS REUNE EN GRUPOS BRINDANDOLES CARIÑO, EDUCACION Y TRABAJO.
- ELLOS SERAN SUS PREDILECTOS.
- FUNDA NUEVAS CASAS POR TODAS PARTES.
- DONDE HAY UN DESAMPARADO ALLI LLEGA EL CORAZON DEL SANTO.

por toda su vida. Como buen padre de familia tenía que resolver todos los problemas que los muchachos le plantearan: curar sus enfermedades, procurar la comida para alimentarlos, cultivarlos cristianamente, hacerlos hombres honestos y listos para afrontar la vida, instruirlos, darles un oficio que los incorporara dignamente en la sociedad.

Por las tristes condiciones aumentaba cada vez más el número de muchachos que tocaba a su puerta. El sólo ya no podía con todo. Comenzó por pedirles a los más grandes y a los más hábiles que ayudaran a los más pequeños. Pero no era todavía suficiente: se necesitaban más personas, dispuestas como él a dedicarse a esta nueva e insólita familia. El atractivo que él tenía y la inspiración del Señor empujó a otros sobre el mismo camino: sus compañeros. También había necesidad de sacerdotes que instruyeran cristianamente a los muchachos y apuntalaran la perseverancia de los laicos: llegaron unos y otros en la justa medida de la necesidad.

Después, cuando las circunstancias lo impulsaron a extender su obra en otras ciudades, fue necesario que estos hombres se reunieran para ayudarse mutuamente y para garantizar que la semilla sembrada produjera fruto aún más allá de la vida de una persona: entonces formaron la *Compañía de los siervos de los pobres abandonados*. El nombre escogido resumía el programa: promover a los pobres, especialmente a los pequeños y a los abandonados, hacia una condición más humana, haciéndose pobre y compartiendo con ellos su vida.

Con la presión constante del escaso número de colaboradores y de la abundancia de problemas, Jerónimo no tardó en darse cuenta de que sus fuerzas y las de sus compañeros no eran suficientes. Era necesario sensibilizar y comprometer al contexto social en el cual se tendría que incorporar y desarrollar la vida de sus muchachos.

Por doquier encontraba personas que manifestaban simpatía e interés por la obra y que tenían deseos de colaborar. Entonces pensó en una división del trabajo: las tareas educativas las reservó para sí, las tareas más estrictamente conómicas y burocráticas las encargó a sus empen-

dedores amigos. Ellos también tenían el encargo de insertar al huérfano en la vida social, cuidando sus intereses y procurando buenos resultados. También estas personas se reunieron en asociaciones que tomaron el nombre de *Compañías de los huérfanos*.

Poco a poco se fue formando, casi por generación espontánea, una organización en torno a la obra que Jerónimo había creado: los huérfanos que eran el corazón, luego los Siervos de los pobres y los miembros de las Compañías de los huérfanos.

El objetivo que pretendía Jerónimo era dar a sus muchachos una educación que llevara al hombre hacia Dios, promoviera su vida física y espiritual, desarrollara sus cualidades según la vocación y las aptitudes de cada uno.

Sobre todo buscaba una verdadera formación cristiana. Para san Jerónimo el hombre se realizaba a través de la vida cristiana; su misma experiencia personal era la prueba más clara de esta verdad. Quería transmitir esa experiencia a sus muchachos. Aprender a ser cristianos era el objetivo que inspiraba y animaba toda la actividad educativa.

En primer plano estaba la educación religiosa, cuyos medios principales eran el conocimiento del Evangelio, la práctica de los sacramentos, la formación en la oración, una tierna devoción a la virgen María, la instrucción catequística, para poder crecer una fe sólida, una serena confianza en Dios y una caridad vivida.

Los valores morales eran fundamentalmente: lealtad, bondad, espíritu de servicio, sentido de responsabilidad, laboriosidad, voluntad continua de superación. Se buscaba orientar a los muchachos hacia esos valores mediante la insistencia continua, la vigilancia, el control personal y comunitario, el entrenamiento de la voluntad.

La educación de la voluntad iba a la par de la educación intelectual. Ningún muchacho debía quedarse analfabeto, como por desgracia era la condición casi general de las clases populares de entonces.

Se les ayudaba para que aprendieran por lo menos a

leer y a escribir, a conocer las nociones básicas que les permitieran instruirse como cristianos y lograr autonomía en su vida. Cuando las capacidades lo permitían, se les encaminaba a estudios de niveles superiores.

El futuro que Jerónimo y sus compañeros buscaban para sus muchachos era la inserción en el mundo de las actividades artesanales. Por eso se necesitaba un aprendizaje de los oficios. De aquí deriva la importancia que se le daba al trabajo en las instituciones a su cargo. Esto no impedía que algunos pudieran abrirse a otros caminos, como el del sacerdocio por ejemplo.

La vida que se llevaba en las obras ciertamente era austera, aunque para nosotros resulta difícil compararla con la de las clases humildes de aquel tiempo. Sin embargo, se trataba de una austeridad matizada por la moderación y empapada por el amor; de una pobreza que nunca se confundía con la miseria. Además, una vez que crecían aquellos muchachos no encontraban una vida fácil, sino llena de obstáculos. Solamente un entrenamiento serio y conciente en el esfuerzo y el trabajo lograría buenos resultados.

Otros elementos importantes en la educación de los huérfanos era la atención a sus aptitudes personales y su aceptación responsable.

La atención y el respeto a la vocación y a las aptitudes de cada muchacho es un motivo en el que se insiste con frecuencia. La educación debía ser personal, atenta a la dotación de cualidades que poseía cada muchacho, con el propósito de darle el adecuado desarrollo según la visión cristiana del hombre y de la realidad. Por esto era necesario observar, *con los ojos de la prudencia bien abiertos*, el comportamiento de los muchachos. El mismo cuidado se tenía cuando se orientaba a los muchachos a una profesión y cuando había llegado el momento de incorporarlos a la sociedad dándoles un estado de vida.

El concepto que Jerónimo tenía de su obra era el de una gran familia: era normal que los muchachos, en cuanto crecían, asumieran responsabilidades. Una de las preo-

cupaciones principales era la de introducirlos en una activa participación en la vida de la casa y prepararlos para algunas tareas. En sus cartas Jerónimo nombra algunas de estas tareas: guardián, portero, sacristán, encargados de limpieza y orden, encargados de lavar la cabeza a los niños más pequeños, etc.

En la base de todo estaba el amor: *El trabajo, la devoción, la caridad son el fundamento de la obra*. Jerónimo le dedicó toda su rica personalidad, en la que el amor superaba el ingenio, y los dones de gracia con que Dios llenó su espíritu. *Toda su vida estuvo movida por el amor a Cristo* y el amor a los pobres. Solamente puede entenderse si la leemos en esta clave: por amor dio todos sus bienes a los pobres, dejó su carrera civil, abandonó su casa, se alejó de su patria, se convirtió en peregrino de los caminos de las regiones de Venecia y Lombardía, se hizo pobre, siervo de los pobres de Cristo.

Su vida esta llena de episodios, sus cartas expresan esta caridad. Les exigía las mismas disposiciones a sus compañeros.

El amigo veneciano que escribió su vida, después de hablar de sus compañeros y de nombrar a algunos de los más ilustres, concluye: *Pero sobre todo amaba a sus queridos pobres, como aquellos que mejor le representaban a Cristo*. En una oración que él compuso, que se decía todos los días, se pedía: *Caridad perfecta, humildad profunda y paciencia por amor al Señor*. A algunos que no se comportaban correctamente, pocos días antes de morir les escribía: *¿No saben que se han hecho llamar siervos de los pobres de Cristo? ¿Cómo es que hacen esto sin caridad, sin humildad de corazón, sin tolerar al prójimo?...*

Es un amor, pues, que surge del amor a Dios, que requiere fidelidad y entrega hasta la muerte; fundado en la humildad de corazón y en la mansedumbre; lleno de comprensión y de paciencia; atento, tierno y pronto al servicio como el amor de una madre, y al mismo tiempo fuerte, capaz de exigir sin debilidad las responsabilidades de cada uno.

Jerónimo había dejado Venecia para realizar una misión de caridad, cuyos resultados superaron cualquier expectativa. Pero en Venecia se solicitaba su presencia; recibió la orden de regresar. Dejó todo listo y emprendió el viaje.

A su llegada a Venecia —tan cambiado en su aspecto externo, pero también tan transformado sobrenaturalmente— conmovió a sus antiguos amigos con los cuales pasó largas horas: *Era una cosa que llenaba de admiración ver a un hombre semejante con ropa vil y de pordiosero, pero con un espíritu tan sublime, adornado en modo tal por costumbres castas, modesto y prudente, que transparentaba una indescriptible sensación de virtud... Varias veces anduvimos juntos y me llenó de tantos santos recuerdos y de esperanzas cristianas, que todavía me viene a la mente.*

Se instaló en el hospicio del Bersaglio y se dedicó a sus antiguas obras.

La permanencia de Jerónimo en Venecia se hacía cada vez más necesaria y el regreso a la región Lombarda continuamente se posponía. En las obras de Lombardía surgieron varias dificultades claramente previsibles. Las instituciones habían nacido muy rápidamente; él no había tenido tiempo de consolidarlas; el personal sobre el que se apoyaban, a pesar de que estaba sinceramente comprometido, no había sido debidamente escogido y preparado. Mientras él estuvo presente, con el prestigio de su persona había resuelto todas las dificultades; pero su ausencia ya se había prolongado varios meses; alguno se había desanimado, a otro no le parecía justificada su ausencia. Comenzaba a vislumbrarse cierta insatisfacción.

Vivió entonces días de angustia: la criatura a la que había dado vida estaba en peligro de muerte; no obstante, él debía permanecer alejado. Tenía absoluta certeza de que era obra de Dios y que no se destruiría, pero esto no

disminuía su sufrimiento. Las dos cartas escritas a sus compañeros, el 5 y el 21 de julio de 1535, son el espejo de su espíritu en aquellos días.

A pesar de la lejanía, el corazón de Jerónimo estaba con los suyos y también su oración. Pero su ausencia era necesaria. Después de todo ¿Cuánto vale él? Es Cristo el que ha dado origen y el que conduce la Compañía. Sin embargo, él siente sobre sus espaldas la responsabilidad y quiere que se le informe de todo, detalladamente. Para todos tiene una recomendación que hacer, un estímulo, un recuerdo. Así van desfilando en su mente uno tras otro los compañeros comprometidos en las obras. No hay una sola palabra inútil en sus escritos: va directo a lo esencial. Sus recomendaciones están motivadas por razones que quedan fuera de toda discusión: *Si ama a Cristo, si la Compañía permanece con Cristo, se alcanzará el objetivo; de lo contrario todo está perdido. El entusiasmo desborda su corazón: tiene presente a cada uno de los suyos, su trabajo, sus necesidades, aún más pequeñas. A cada momento aparece una recomendación sobre la importancia del trabajo; se vuelve elocuente cuando habla de la devoción. Con fuerza y afectuosa insistencia le escribe al padre Lazzarino y le sugiere hasta en los mínimos detalles cómo debe comportarse con los muchachos, porque está en juego un valor esencial: no deje que se enfríe el fuego del espíritu, para que no se eche a perder.*

En la carta del 21 de julio, llena de sentimiento a pesar de su fuerza y decisión, Jerónimo se propone consolidar y animar a los hermanos de la Compañía: *pobrecitos, atribulados, abatidos por el cansancio, despreciados por todos y hasta abandonados de la presencia física, pero no del corazón de su pobre y tan amado y querido padre.* Ellos deben confiar solamente en Dios, como él les había demostrado con hechos y con palabras cuando estaba con ellos. Las pruebas sirven para nutrir la fe, porque el Señor quiere servirse de ellos para realizar sus obras. Dios tiene sus planes, aún cuando parezca que sus disposiciones son las menos adecuadas para llevarlas a cabo. Las contradicciones y las pruebas son medios de satisfacción. Las pruebas sirven para purificar la fe, sólo en el Señor hay que poner la espe-

ranza: fe y esperanza llenan el espíritu de amor, y únicamente de él proceden las grandes realizaciones. La tribulación libra al espíritu de las escorias y desarrolla la bondad. Y luego Dios da ya desde la tierra el ciento por uno.

Inesperadamente, el 22 o el 23 de julio, Jerónimo dejó Venecia. Le encargó al sacerdote Pellegrino D'Aste que saludara a sus sobrinos y les mandó decir que rezaran por él, porque iba a hacer penitencia y a terminar sus últimos días. Permaneció un día en Vicenza, luego por Verona y Brescia llegó a Bérgamo.

9

1536: Nuevas fundaciones en Pavía y Brescia; organización de la Compañía

Apenas había pasado un mes desde su regreso a Lombardía, cuando llegó a Somasca una carta del obispo Jerónimo Aleandro, delegado pontificio en el territorio de la república de Venecia. Estaba fechada el 1 de septiembre de 1535 y dirigida a Agustín Barili, Jerónimo Miani y a los demás Siervos de los pobres. Mediante ella el nuncio les concedía la facultad de escoger a un sacerdote como su guía espiritual, hecho que equivalía a un primer reconocimiento jurídico por parte de la autoridad eclesiástica. Esto sirvió, sin lugar a dudas, para afianzar los ánimos en la perseverancia.

Mientras tanto, Jerónimo había estrechado relaciones con varios sacerdotes y religiosos, sobre todo Dominicos y Capuchinos. Algunos de ellos lo acompañaban en sus peregrinaciones y ejercían su ministerio sacerdotal; incluso Jerónimo y sus compañeros ayudaron a los Capuchinos a fundar conventos en Bérgamo, Como y Erba, en la región de Brianza.

Los últimos meses de 1535 fueron de grandes actividades; entre ellas estuvo la fundación de una nueva obra en Pavía.

Jerónimo entró en Pavía por la puerta de santa María de Pértica con un grupito de muchachos que formaban una devota procesión. Recorrieron la calle nueva: el aspecto de la ciudad era muy triste. Buscó alojamiento en el hospicio de San Rocco, dirigido por los hermanos de la Misericordia: era un hospicio para peregrinos, que ofrecía solamente cama para dormir. Para ofrecerle un lugar a Jerónimo, los directores tuvieron que despedir a algunas personas que se encontraban hospedadas; cuando lo supo, se trasladó a la *Sala grande*, un lugar abierto que se encontraba en la plaza de armas de Pavía y que servía para el entrenamiento de los soldados. Después de algunos días, fue alojado en un pequeño hospicio dirigido por la hermandad de San Gervasio.

En Pavía se dedicó a recoger muchachos huérfanos, como era su costumbre. También aquí pronto fue rodeado por amigos entusiastas que le ayudaron con sus recursos y colaboraron en el trabajo. Entre ellos estaban dos primos de una de las principales familias de Pavía, Angel Marcos y Vicente, condes de Gambarana. Instituyó la Compañía de los huérfanos, a la cual se adhirieron, entre otros, el protonotario Jerónimo Pellizzari, el noble Bernardo Sacco, Otón de Parenti, el jurisconsulto Juan Bautista Palma y Bernardo Bosco. A ellos les confió Jerónimo la nueva institución, cuando un mes después tuvo que regresar a Somasca.

Su vida se había convertido en un continuo peregrinar. Las peticiones que recibía, a las cuales trataba de responder, se multiplicaban a tal punto que el mismo Carafa consideró que era su deber frenarlo; y lo hizo escribiéndole una carta muy severa: *No puedo ocultarle que yo, por la estimación que le tengo, me he quedado asombrado por tanta conmoción y tumulto en Milán, Como, Bérgamo y Pavía, con tantas comisiones y tantos asuntos... No vaya a caer en el error de creer que a uno le toca hacerlo todo.* La carta fue motivada por algunas discrepancias que surgieron entre sus compañeros. La prueba duró algunos meses.

En Brescia, durante la cuaresma de 1536, predicó el

capuchino Juan de Fano, con quien Jerónimo había hecho amistad desde que, apenas el año anterior, le había ayudado a establecer a los Capuchinos en Bérgamo. Había sido antes un observante y enemigo acérrimo de la reforma capuchina; después la aceptó con fervor. Era un orador muy estimado; su elocuencia era fuerte, vivaz y bastante popular. En Brescia, durante aquella cuaresma, había recogido muchachos que andaban pidiendo limosna en la ciudad y, sin poder disponer de otra cosa, los había alojado en la Catedral. El 16 de abril pudo trasladarlos al hospicio de la Misericordia: eran como setenta. Para organizarlos adecuadamente había sido llamado Jerónimo. También en Brescia amplió rápidamente su círculo de amigos. Se recuerda a Jacob Chizzola, Agustín Gallo, Juan Pablo Averoldi, Juan Bautista Luzzago, Juan Bautista y Bartolomé Scaini originarios de Saló y el sacerdote Esteban Bertazzoli.

También en Brescia, el 4 de junio de 1536, Jerónimo reunió a la Compañía de los Siervos de los Pobres en asamblea. En las actas de las reuniones aparecen los problemas que afectaban a la naciente institución. Entre los temas discutidos aquellos días encontramos reglas de vida común, llamados a la modificación, la formación de los jóvenes, funcionamiento del capítulo como organismo coordinador de todas las actividades.

Era necesario someter a la consideración de aquellos que ingresaban en la Compañía, cuáles eran los requisitos y los deberes principales de su nueva vida. A Jerónimo se le confió el encargo de redactar un *decreto capitular* para leerlo a todos aquellos que entraban a la Compañía. De su puño y letra son los textos que se refieren a la pobreza, la obediencia, la paciencia, la mortificación, la devoción, la caridad.

En el mismo manuscrito se encuentra también una oración a la que Jerónimo era muy afecto. En sus cartas él la llama *nuestra oración, la oración santa*. Se rezaba dos veces al día: por la mañana al levantarse y por la noche antes de ir a dormir. Durante más de dos siglos se conservó en las comunidades de los Somascos y todavía hoy los devotos

del santo rezan la primera parte. En ella se revela una profunda espiritualidad fundada en la palabra de Dios y en perfecta consonancia con la liturgia de la Iglesia. Se contempla el plan de Dios y también las necesidades de los hombres, la misericordia divina y los fatales incumplimientos humanos a las propuestas de la gracia; se pide la llegada del reino de Dios y de su justicia sobre la tierra.

En el texto de *nuestra oración* salta inmediatamente a la vista la frecuencia con que se recurre a la intercesión de la virgen. Se asocia a la gloriosa Virgen María con los planes de Dios, para que acompañe a sus hijos por el camino de la paz, de la caridad y de la prosperidad. Casi cada invocación se concluye con un *Ave María* a la Virgen, madre de la gracia: por los amigos, por los miembros de la Compañía, por los colaboradores y bienhechores, por los difuntos. Los muchachos invocaban varias veces a la Virgen durante la jornada. La presencia de María iba llenando aquel gran vacío, que se había abierto demasiado pronto en el espíritu de aquellos pequeños con la muerte de su madre.

A finales de septiembre de 1536 Jerónimo estuvo en Verona como huésped del obispo Giberti. Había ido para despedir a Carafa que, junto con Reginaldo Pole y el mismo Giberti, se dirigía a Roma, de donde habían sido llamados por el Papa Paulo III para participar en la redacción de un valiente documento como el *Consilium de emendanda ecclesia*. Naturalmente que el tema de conversación de aquellos días giró en torno a la reforma de la Iglesia, a la herejía amenazante y al concilio. Jerónimo participó con tanto entusiasmo en aquellas discusiones apasionadas que Bertazzoli, uno de los presentes, recordará su aspecto inspirado a más de cuarenta años de distancia. La reforma de la vida cristiana había sido la *sed ardiente de Jerónimo*, el resorte de sus acciones, la aspiración frecuente de sus plegarias. La oración santa, que él había compuesto, comenzaba con esta invocación. *Dulce Padre Nuestro, Señor Jesucristo, te rogamos por tu infinita bondad, que vuelvas toda la cristiandad a aquel estado de santidad que había en el tiempo de tus santos apóstoles.*

"Sus nombres están escritos en el libro de la vida"

Sin disminuir el ritmo de sus actividades, Jerónimo había comenzado la etapa de organización. En los pocos documentos que se han conservado aparece esta preocupación.

En la primavera de 1532 había llegado a Bérgamo solo, *sin nada de este mundo*. En cuatro años había dado comienzo a un número impresionante de obras: como un incendiario había recorrido la Lombardía, avivando el fuego del Divino Amor y agrupando en torno a sus pobres a muchas personas a quienes entusiasmaba el ideal de la caridad. El amigo anónimo que escribió su vida, hablando de ellos dice: *No quiero publicar sus nombres*, para que la gloria provenga del Señor; son conocidos por el Espíritu Santo y sus nombres están escritos en el libro de la vida. Una libreta de apuntes conservada hasta los primeros años del S. XIX, contenía una lista de casi trescientas personas: preladados, eclesiásticos, nobles, abogados, médicos, comerciantes, muchos de los cuales eran bien conocidos en el mundo de la reforma católica.

Recordemos a algunos que, como Jerónimo, abandonaron todo y optaron por una vida de pobreza al servicio de los pobres:

Agustín Barili. Originario de Bérgamo, rico, sacerdote, fue contagiado por el fervor de Jerónimo, que a su vez quedó profundamente admirado por su energía moral y lo quiso como superior de la Compañía de los siervos de los pobres, cuando aún vivía. Después de la muerte del santo, guió a sus compañeros en la práctica del amor y en el servicio a los pobres. Impresionaba la austeridad de su vida, la simplicidad y el candor de su corazón, el espíritu de oración, la caridad, la prudencia de sus consejos. Desarrolló su actividad en las obras para huérfanos de Bérgamo, Somasca y Milán. Cuando en 1561 lo convocaron para que dirigiera la co-

munidad teatina de Venecia, dedicó sus energías al hospicio del Bersaglio y seguía firmándose: *Agustín siervo inútil de los pobres*. Murió en Pádua, en 1565.

Angel Marcos de los condes de Gambarana. Procedente de una familia noble y rica de Pavía, titulado en derecho civil y eclesiástico, conoció a Jerónimo en 1536 y lo siguió. Pasó la mayor parte de su vida en Pavía y en San Martín de Milán. En 1538 fue ordenado sacerdote. En Pavía, además de atender a los huérfanos de la Colombina, se dedicó al cuidado de los convertidos de Santa María Magdalena, a las huerfanitas de San Gregorio, al santuario de Santa María de Canepanova; fundó el hospicio de los incurables. En Milán, gracias al trabajo, la casa de San Martín se convirtió en un centro de intensa actividad religiosa. Fue amigo e impulsor de eclesiásticos y laicos, nobles, comerciantes, artesanos, que a través de las prácticas religiosas, la oración, los sacramentos y las obras de misericordia, querían volver a una vida cristiana auténtica. Los integrantes de la Compañía de los huérfanos, los sacerdotes de Santa Corona, Castellino de Castello y las escuelas de la doctrina cristiana, lo tuvieron a su lado como consejero y colaborador. Fue superior de la Compañía. Publicó obras devocionales y diálogos catequéticos para los huérfanos. Testigos oculares dan testimonio de sus virtudes: humildad, caridad, paciencia, pobreza. Cuando murió en Milán en 1574, muchísimas personas participaron en sus funerales: *realmente parecía que hubiera muerto un gran santo, el verdadero padre de todos*.

Vicente de los condes de Gambarana. Cuando conoció a San Jerónimo, en Pavía, contaba con poco más de treinta años. Abandonó la carrera militar y prefirió, *en lugar de la grandeza y abundancia del mundo, la pequeñez y la pobreza de Cristo*. Consagró toda su vida al servicio de los huérfanos en Pavía, Merone, Génova, Mantua y Vercelli. En Bérgamo, donde murió en 1561, transcurrió el período más largo de su actividad, dedicado al cuidado de los huérfanos, de las huérfanas y de los convertidos. Su obra se extendía a toda la ciudad, donde era conocido y estimado por su santidad de vida. La simpatía del pueblo

ASI ORABA SAN JERONIMO

- * OH BUEN JESUS, NUESTRO AMOR, EN TI CONFIAMOS!
- * JESUS CRUCIFICADO, AYUDAME Y SERE TUYO!
- * DULCISIMO JESUS, NO SEAS PARA MI JUEZ, SINO SALVADOR!



"Dulce Padre Nuestro, Señor Jesucristo, te rogamos por tu infinita bondad de reformar el Pueblo Cristiano en aquel estado de santidad que fue en el tiempo de tus apóstoles.

Escúchanos oh Señor, porque benigna es tu Misericordia y en tu inmensa ternura vuélvete hacia nosotros. Señor Jesucristo Hijo de Dios vivo, ten piedad de nosotros.

En la vía de la paz, de la caridad y de la prosperidad me guíe y me defienda la potencia de Dios Padre, la sabiduría del Hijo y la fuerza del Espíritu Santo y la gloriosa Virgen María.

El Ángel Rafael que estuvo siempre con Tobías esté también conmigo en todo lugar.

OH BUEN JESUS, OH BUEN JESUS, OH BUEN JESUS, AMOR MIO Y DIOS MIO, EN TI CONFIO, QUE NO QUEDE CONFUNDIDO. Amén".

provenía de algunos episodios de sencillez encantadora de los cuales fueron recogidos en un pequeño proceso iniciado en vista de su beatificación: persecuciones por salvar a una joven de la prostitución, episodios de caridad heroica en favor de los pobres, curaciones de enfermos. En su muerte se manifestó aún más la devoción popular. Sobre la puerta de la Iglesia de Santo Domingo, el día de sus funerales, un epígrafe dictado por el dominico fray Pablo, lo recordaba así: *Gloria de los sacerdotes, Vicente de la familia de los condes de Gambarana, era grande en los bienes de este mundo, pero quiso hacerse pequeño por Cristo y se consagró totalmente al servicio de los huérfanos en la humilde Compañía de los padres de Somasca. Se fue de este mundo donde brillaba como estrella en todas las virtudes cristianas.*

Los restos de Vicente y Angel Marcos Gambarana hoy descansan en la iglesia de Somasca junto a las reliquias de su padre y maestro.

*León Carpani. También él era noble y rico. Convertido a Dios por San Jerónimo, abandonó todo y se consagró a las obras para los huérfanos. Estuvo en Pavia, Vercelli Génova y Savona. En 1557 fue a Roma, donde Paulo IV lo incorporó a la familia pontificia. Amigo de los Teatinos y Barnabitas, fue muy querido por San Pío V, apreciado por San Carlos Borromeo que lo conoció en Roma y trató de llevárselo a Milán. En 1565 San Carlos escribía de él: *Estuvo muchos años en Roma, donde todo mundo lo estima bastante y continuamente se le ve ocupado en obras espirituales y de piedad, como el cuidado de los huérfanos y cosas semejantes. Para mí, una gran prueba de su bondad es que siendo muy querido por Paulo IV, se mantuvo siempre distante de cualquier deseo de honores y así vivió y vive sin ninguna ambición, sirviendo a Dios. Ahora yo tengo gran esperanza de tenerlo aquí, porque este santo varón podrá hacer mucho bien en Milán, tanto por la práctica de las obras buenas, como por su celo al servicio de Dios.**

Juan Cattaneo. Nativo de Bérgamo, comerciante. La tradición nos ha entregado una imagen suya como la de un segundo Jerónimo, que recorre las ciudades italianas fun-

dando y organizando instituciones para los huérfanos. Mantua, Roma, Nápoles, Ferrara, Reggio, Módena, Siena son algunas de las ciudades donde él estuvo trabajando. Su espíritu estaba lleno de caridad y de entrega al servicio de Dios y de los pobres.

Primo Conti. Una de las figuras más insignes del mundo cultural milanés del siglo XVI: gloria de nuestra ciudad, nuevo Sócrates, excelente teólogo, uno de los más grandes eruditos de nuestra Italia, así lo llamaron sus contemporáneos. En 1534 se encontró con Jerónimo: el pasado se le figuró como si estuviera envuelto en tinieblas, mientras que la verdadera luz provenía de la escuela de Jerónimo. De él aprendió a servir a los huérfanos. Teólogo del Concilio de Trento, muy apreciado por San Carlos, que lo hizo cooperador del programa de reforma de los diócesis de Milán, sobre todo el clero, y por su insistencia fue ordenado sacerdote a los 67 años. A nadie se le consideraba más profundo conocedor de las Sagradas Escrituras. Murió después de los noventa años, a finales del siglo. Los jóvenes veían en él la imagen viva de San Jerónimo. Con frecuencia les decía *que si en él había alguna cosa buena, lo debía a la santa conversación con Jerónimo; cuando lo nombraba, solía llamarlo maestro suyo en la vida cristiana. Tanto era el efecto y la reverencia que tenía de su santa y querida memoria que, cada vez que había ocasión de hablar de él —y era frecuente— por respeto inclinaba la cabeza y se la descubría.*

11

"Me iré a Cristo"

En la Navidad de 1536 Jerónimo fue por última vez a Bérgamo. Estaba agotado por el cansancio y las penitencias. Fue a visitar al vicario general, Juan Bautista Guillermiti; se arrodilló delante de él, *encomendándole la fe de Cristo* y le pidió perdón.

En aquellos mismos días le había llegado una carta de Carafa, nombrado cardenal por Paulo III, en la cual lo invi-

taba a Roma con la intención de encargarle la reforma de algunas obras de caridad. Al recibir la carta, Jerónimo reunió a sus compañeros que entonces se encontraban en Somasca y, después de hacer la oración, les dijo que lo llamaban al mismo tiempo a Roma y al Cielo, y concluyó: *Hermanos, creo que me iré a Cristo.*

No habían terminado todavía los sufrimientos morales. El 11 de enero de 1537 escribió una carta a algunos colaboradores de Bérgamo que no se comportaban dignamente. Como Padre les hizo llegar a los culpables una palabra afectuosa, pero al mismo tiempo dolorida y admonitoria. Recuerda, suplica, amenaza, echa mano de todas las fuerzas espirituales, del ideal de la caridad al cual se habían entregado, del temor a que sus amenazas de castigos divinos llegaran a cumplirse: *¿Acaso no saben que se han ofrecido a Cristo, viven en su casa, comen su pan y se hacen llamar siervos de los pobres de Cristo? Entonces ¿cómo hacen esto sin caridad, sin humildad de corazón, sin tolerar al prójimo, sin buscar la salvación de los pecadores, sin mortificación, sin rehuir del dinero y de los deseos deshonestos, sin observar el reglamento?... Por el momento no sé decirles otra cosa que pedirles por las llagas de Cristo que sean mortificados en su comportamiento exterior, tengan un alma llena de humildad, caridad, devoción, tolerancia mutua, mansos y bondadosos con todos, asiduos en la oración ante el Crucificado, rogándole que les abra los ojos de su ceguera y pidiéndole misericordia.*

A menos de un mes su voz callaría para siempre. A finales de 1536 una enfermedad infecciosa invadió el valle de San Martín. Una vez más, Jerónimo anduvo muy solícito al servicio de todos: en casa, donde muchos habían contraído el mal, y fuera de casa. Al igual que ocho años antes, también él contrajo la peste.

El 4 de febrero se recogió en Somasca, sobre una camita que no era suya, en una pequeña habitación ofrecida por amigos. Antes de recostarse trazó una cruz sobre la pared de enfrente. Cuatro días después, moría durante la noche entre el 7 y el 8 de febrero de 1537.

Parecía que tuviera el paraíso en la mano por su segu-

ridad —escribió el vicario general de Bérgamo a un amigo— *hacía diversas exhortaciones a los suyos y siempre con una cara tan alegre y sonriente que enamoraba y embriagaba del amor de Cristo a quien lo mirara... Exhortaba a todos a seguir al Crucificado, a despreciar el mundo, a amarse mutuamente, a cuidar de los pobres y repetía que Dios jamás abandonaba a quien hace tales obras.*

La noticia de la muerte de Jerónimo se difundió rápidamente. Su cuerpo permaneció insepulto durante ocho días para satisfacer a todos. Llegaron amigos suyos de toda la Lombardía, multitudes de pobres y enfermos.

Varias curaciones prodigiosas fueron las flores que adornaron su ataúd.

Trece años después, en 1550, Lorenzo Davidico, que lo había conocido en Milán, grababa su recuerdo en uno de sus libros con estas palabras: *Señor Jerónimo Miani: fervoroso, y refugio de los pobres.*

Los santos no mueren.

Su vida permanece como un ejemplo interpelante para los cristianos. La autoridad eclesiástica proclamó beato a Jerónimo en 1747 y santo en 1767. Pío XI lo declaró patrono universal de los huérfanos y de la juventud abandonada en 1928.

La obra de San Jerónimo se renueva continuamente a través de sus seguidores, los Somascos, que prosiguen con sencillez su servicio a los pobres en El Salvador, Honduras, Guatemala, Brasil, Colombia, México, Estados Unidos, Filipinas, España, Suiza e Italia.

Su amor por los que sufren y por los que tienen necesidad se manifiesta todavía en todos aquellos que, después más de cuatro siglos, acuden todos los días y cada vez más numerosos para depositar en el corazón del santo sus angustias y para iluminar su vida con la fecunda herencia de su ejemplo.

LOS PADRES SOMASCOS

- * Somos SACERDOTES y HERMANOS.
- * Vivimos en pequeñas comunidades.
- * Los tres votos de pobreza, castidad y obediencia nos hacen personas libres y disponibles para la causa de Dios y de Cristo en el mundo.
- * Seguimos a CRISTO, viviendo su opción en favor del pobre, de la oveja perdida, del hijo pródigo, del marginado, del último.



— Fieles sucesores de esta cadena ininterrumpida de amor, estamos presentes en muchas naciones del mundo: ITALIA, SUIZA, ESPAÑA, U.S.A., MÉXICO, GUATEMALA, HONDURAS, EL SALVADOR, COLOMBIA, BRASIL, FILIPINAS.



EN
COLOMBIA

Este libro fue editado
por INDO-AMERICAN PRESS SERVICE - EDITORES
Apartado Aéreo 53274 - Chapinero - Bogotá
Impresión: Editorial Kimpres Ltda.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Bogotá, Septiembre de 1989

AQI NOS ENCUENTRAS



El Tablazo - Villa San Jerónimo (1983) Orfanato - Postulante - Capilla de N.Sra de Chiquinquirá.
A.A. 120 Rionegro (Antioquia) Tel: 271-1487 271-1462



Bucaramanga

Parroquia Santa Inés (1977)

Parroquia - Noviciado P. Somascos
Apdo. Aéreo 21-22 - Bucaramanga(S).
Tel: 56-312 (Noviciado)
40-150 (Parroquia) ↗

↙ Tunja

Centro Juvenil Emiliani (1972)
Hogar-Bachillerato básico industrial
A.A. 1201 Tunja (Boy). Tel: 42-31-54
42-85-10

